

*"Procure hacer la obra de caridad por puro amor del Señor, al que debiéndole servir desde los primeros años con toda diligencia, le ha sido tantas veces ingrato y rebelde; esta consideración hará que en diversas ocasiones al día purifique la intención porque una obra de caridad con tanto peligro debe ser hecha con todas las circunstancias que la pueden perfeccionar"*

**Para comprender**

Al P. Alacchi, Venecia

La expresión "por puro amor del Señor", y variaciones "a Dios", "por Dios", aparecen constantemente en los escritos de Calasanz. Se dibuja también el famoso AMPI, paradigma de las intenciones de toda la Orden: "Para mayor gloria a Dios y utilidad del prójimo".

**Puntos para la oración**

Jn 13,1-5

- † **Hacer la obra de caridad.** Hoy comprendemos la caridad como un servicio puntual, para rescatar de la necesidad a alguien. Sin embargo, en labios de Calasanz y la literatura de la época esta palabra era el paradigma de amor bíblico, el amor reflejado entre Jesús y sus discípulos, el amor de Dios en primera persona, vivido y conocido. La caridad es más que la misericordia, el perdón, la ayuda en la medida en que éstas se deben a circunstancias concretas, mientras que aquella es permanente y constante, invariable y firme. Y en esta medida, en cuanto que los hombres son capaces de "hacer aquello que Dios hace" deben ser claros y sinceros en sus intenciones. Calasanz nos refleja aquí la necesidad de que, todo cuanto sea hecho por amor en la vida del cristiano debe tener el sello de Dios, pero todo lo que es "hecho por Dios" debe llevar exclusivamente su sello, su marca, debe indicar claramente a los que reciben ese amor el origen del que proviene, por qué se hace y hasta qué punto se está dispuesto al amor sin límites.
- † **Por puro amor del Señor.** Por eso "el puro amor del Señor" a diferencia de otros amores. Para Calasanz la escuela, considerada baja e indigna, es una tarea que por sí sola debería reflejar este amor de Padre que Dios nos tiene. Pero más aún el ser llamados a trabajar en ella, a ser cooperadores de la Verdad, al darse cuenta de la gracia y don que Dios ofrece a la persona elegida para ello. El que ha sido llamado también estar atento para ser capaz de responder a la llamada. La razón es sencilla, pues todos hemos vivido alguna vez lo fácil que es contaminar el amor, o esconder sus raíces más profundas: amor que espera beneficio, amor que espera recompensa, amor que espera reconocimiento, gloria y gratitud. Sin embargo, entrar en la vida de Dios y compartir su mirada supone vivir un amor sin límites, ni medidas, amor gratuito totalmente, valiente y decidido. Un amor sin comparación que, todos los que han sido llamados, han vivido y son capaces de reconocer su capacidad transformadora, dignificante y única. El amor recibido no es para ser guardado, sino para comunicarlo y vaciarse con él. De aquí la insistencia del "puro amor", a imagen de Dios, para vivir realmente con Él y para Él, para construir el Reino desde sus criterios y dejarse inundar verdaderamente con sus dones.
- † **La ingratitud y la rebeldía.** Frente al amor, que en la persona transforma, se alzan dos grandes peligros: la ingratitud y la rebeldía. La ingratitud supone apropiarse el amor recibido, queriendo ser amados nosotros más que buscar el amor a Dios, ser alabado más por lo que somos que por lo que Dios ha hecho en nosotros. Nos transforma, en medio del mundo, en un cristal opaco que no deja avanzar la luz. Y la rebeldía, fruto del engaño, proviene de la persona que cree que ha sido anulada por tanto amor, por semejante regalo, y se niega a aceptar que la verdadera meta de toda persona es precisamente Dios y en Jesucristo está su plenitud. De muchas maneras, ambas, aparecen en el día a día, quizá la que más abunda es el olvido de la propia historia con Dios, de esos pequeños pasos en los que él nos ha sostenido, y también de la exaltación de una libertad individualista, autosuficiente no sólo con Dios sino con todo aquel que nos quiera tanto que esté dispuesto a entrometerse en nuestra vida.
- † **Purificación.** Calasanz recuerda un camino clásico en la espiritualidad cristiana: la purificación. No como esfuerzo moral, por la fuerza, sino en cuanto a disposición del corazón. No hay mejor crisol que ponerse, varias veces al día, a la escucha de cuanto Dios quiere, de lo que Él desea hacer con nosotros, de la permeabilidad a su Palabra y Espíritu. La purificación no es, como muchos comprenden, una vía ascética de renuncia sin más, sino una elección permanente, entre todas las cosas, de aquello que Dios quiere, que Él elige, que Él dispone, por donde Él conduce y donde no nos separaremos de su amor.
- † **En diversas ocasiones durante el día.** ¿Momentos de oración? También. ¿Parones para pensar y reflexionar? También. Pero sobre todo, en la vida del escolapio, es la escuela y la comunidad la que ofrecen la mejor vía, el camino más claro para esta purificación, porque en él es Dios quien nos ha dado hermanos, compañía y la oportunidad de entregarnos unos a otros a imagen del Hijo.

